

VII.

Llenando con sus ecos nuestra historia
 El grito de los héroes se dilata,
 Como vibrante cántico de gloria,
 Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.
 ¡Si el ruido de sus voces os despierta
 De júbilo temblad! ¡ya estais vengados
 Mártires olvidados
 Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito
 Que se cierne ondulante
 Y que se va á perder en lo infinito,
 Es la bélica diana que se oía
 Cuando surgiste en Sarandí triunfante,
 Bandera tricolor, bandera mía!
 ¡Al compás de sus ecos vibradores
 Ondulan nuestros ríos todavía,
 Y aun repitiendo el santo juramento
 Con que la arena de la orilla azotas,
 La patria, que salvaste con tu aliento,
 De Ituzaingó sobre el altar sangriento
 Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

VIII.

¡Ituzaingó! ¡tus dianas
 Aun cruzan nuestros montes seculares
 Al soplo de las ráfagas pampeanas
 Más crespas que las olas de los mares!
 ¡Si la tierra, que un día
 Vió el escudo imperial sangriento y roto
 En lo profundo de la mar se hundía,
 Sobre el inmenso horror del terremoto
 La gloria de tu nombre flotaría!
 ¡Efeméride santa,
 Cuando con tu visión mis ojos lleno,
 Siento un nudo de sangre en mi garganta
 Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
 ¡A la luz de tu sol, nuestras legiones
 Alzaban á la patria entre sus brazos
 Y extendía la muerte sus crespones
 Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
 ¡Y aún en las tardes de Febrero estivo,
 Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
 De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas
 Y en brazos de la noche te desmayas,
 Bordas, con los reflejos de tus cintas,
 De la bandera tricolor las rayas!

IX.

¡Hereditaria sublime
 De aquella ave caudal de nuestra historia!
 ¡Rezò alzado en mitad de la batalla
 Como una invocación hecha á la gloria!
 ¡Bandera de la patria, libre ondula,
 En las alas gigantes del pampero,
 Sobre los ríos que amorosa azula
 La claridad del astro del boyero!

¡Proteje, con tus franjas bicolores,
 De nuestros ceibos las rojizas tocas,
 De nuestros campos las pintadas flores,
 De nuestras sierras las abruptas rocas!
 ¡Fecunda, con tus igneas claridades,
 Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
 Corona con tu sol nuestra ciudades
 Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

FIDES (1).

Mientras el culto de sus grandes hombres,
 El pueblo de Rincón guarde en su alma,
 No temas los embates de la suerte,
 Libertad de la patria,
 Que en tu defensa... ¡hasta las flores mismas
 Han de volverse, en nuestra mano, espadas!

SANTIAGO MACIEL (2)

INTRODUCCIÓN.

Vosotros los que amais, los que en el alma
 Guardais el fuego del amor primero
 Como en su fibra guardará la palma
 El germen fecundante y duradero;

Los que visteis caer desde la altura
 De vuestros sueños la mujer querida
 Como deidad encantadora y pura
 Que rueda por el suelo escarnecida;

Vosotros escuchad, que el que no sabe
 Lo que es amor, ni nunca haya sentido
 Latir su corazón, es como el ave
 Que vuela y canta sin amor al nido.

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

(2) SANTIAGO MACIEL ha sido un poeta fecundo. Pertenece á la generación de Carlos Roxlo y desde su iniciación ha colaborado sin descanso en la prensa literaria del país. Empezó á escribir en la *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomando parte activa en las veladas iniciadas por esa Institución. Publicó más tarde, su poema *Flor de Trébol*, y un tomo titulado *Auras primaverales*. Es un poeta de inspiración tranquila, que objetiva con intensidad y elegancia. Actualmente reside en Buenos Aires.

PAISAJE OTOÑAL.

Después de larga ausencia, volvió el gallardo
doncel de ojos dormidos, de tez de nardo,
de cabellos sedosos, de talle esbelto
y frente pensativa, pero no ha vuelto
sonriente, como cuando por vez primera
lo conoció la joven, — á la postrera
claridad de la tarde. Cumbres, llanuras,
rumorosas corrientes, selvas oscuras,
todo, á la vespertina luz de aquel día,
en un dulce letargo languidecía.

Ella lo vió acercarse, besar su falda,
y las flores azules de la guirnalda
que su cuello adornaba; sintió su aliento
en el mórbido seno, luego, su acento,
su inolvidable acento, llegó á su oído
trémulo y desmayado como un gemido.

Era el amor, el himno, de cuyas notas
oyó siempre los ecos en las ignotas
espesuras del monte, que en sus murmullos,
esparcen el deleite de los arrullos.
Era el amor naciente, cuyos latidos
percibió en las florestas, entre los nidos
bajo el palio tejido enredaderas,
en las grutas musgosas donde las fieras
rugiendo se acarician, y en los enjambres
de insectos que se embriagan en los estambres.

¡Explosión del cariño! ¡Cuánta ternura
le brindó en sus abrazos! Fué una locura
aquel amor, intenso como un perfume
que ni el agua, ni el viento, ni el sol consume.

Le amaba, como se aman los imposibles;
ascendió hasta las cumbres inaccesibles,
donde el ideal rutila como una estrella
de hermosos resplandores; besó la huella
que su planta imprimiera sobre la alfombra
del césped, tan ligera como una sombra,
y del aura versátil, le envió en los giros,
el madrigal vibrante de los suspiros.

¡Hada de la floresta, gentil pastora
de una Arcadia sublime! Puso la aurora
en el raso viviente de su escultura,
el nácar con que esmalta la azul altura.
Sus cabellos undosos, finos y rubios,
por el aura movidos, eran efluvios
de cálices dorados; cuando reía
su rostro delicado resplandecía,
y al pasar, se escuchaban en los ramajes
armoniosas cadencias, choques de alajes.

¡Princesa de la gracia! Para ella sola
granos de oro en la playa puso la ola;
el Sol, calor y vida de sus amores,
de pétalos, cascadas multicolores
derramó en la campiña; flexibles lianas

colgó en las verdes copas, como persianas
de encajes transparentes; rompió la bruma
abrilantando el agua; pintó la espuma
con reflejos carmineos; en orientales
palacios se trocaron los pedregales;
en diamantes las gotas; en esmeraldas
los pastos de los cerros y de las faldas,
y en minas de topacios y de amatistas,
los torrentes, los picos y las aristas.

¿Qué voluntad oculta cambió el paisaje?
¿Quién su nupcial corona quitó al ramaje
y conmovió á las brisas que modulaban
la trova del ensueño, cuando volaban
á través de los campos reverdecidos?
¿Qué mano misteriosa rompió los nidos,
Marchitó las gramillas y hasta sus blondas
de espumas irisadas robó á las ondas?
¿Fué visión de sus sueños? En las sombrías
hondonadas, ¿no ha oído las melodías
de los himnos florales? ¿No vió en las lomas
brillar el espinillo rico en aromas,
agitarse las algas en los esteros,
y mecerse los nidos de los boyeros
prendidos á los gajos? Si fué quimera,
si fué sueño, que vuelva la primavera
á verter su perfume sobre los campos;
que la luz se difunda, que incendie lampos
en el velo celeste del horizonte;
que una orquesta de trinos vibre en el monte,
y en la llanura ondulen como las olas,
los gérmenes sensuales de las corolas.
Fué vana su esperanza. Distante el astro
apenas en la altura dejó su rastro.
Cesaron los rumores; ni una eufonia
trajo el aura del llano; despertó el día
sin vibrar como otrora la extraña orquesta
de las aves que se aman en la floresta.

¿Quién lloraba? ¿El arroyo? ¿Tal vez las blancas
margaritas, ya mustias, en las barrancas?
¿Era, acaso, el suspiro, débil, sin eco,
de las cosas que mueren?...

El pasto seco
de la cuchilla, ondeaba; la fina hierba
de las altas colinas, que el Sol enerva,
dejaba al descubierto los pedregales;
el terciopelo obscuro de los chircales,
manchaba la planicie; deshabitado
se alzaba un viejo rancho junto al bañado;
matorrales de ortigas, cardos y abrojos
poblaban las mangueras y los rastros;
orillando el estero se dilataba
en haces amarillas la paja brava;
apenas la cañada se distinguía
oculta en un ribazo; la luz moría,
y en tinta de turquesas bañaba el monte,
los vapores, las cumbres y el horizonte.

Desde el abra del monte, la niña, ansiosa,
contemplaba el paisaje. No era la diosa
de la Arcadia sublime, cuya presencia
en el bosque, era un canto—la florescencia
del amor. ¡Oh misterio! Su voz tenía
el ritmo y la cadencia de una elegía.

Sus cabellos tendidos sobre la espalda.
Deshojadas las flores de su guirnalda.
Sus ojos irradiando fulgor extraño...
semejaba la imagen del desengaño
que viera disiparse sus ilusiones,
á manera de raudas exhalaciones.

La campiña, como ella, lánguida y mustia
se presentó á su vista. Sintió su angustia,
su pesar infinito. La flor nativa
de pálida corola, flor sensitiva,
que amaba perfumando, vió en la maleza,
el símbolo perfecto de su tristeza.

En tanto el arroyuelo de aguas oscuras
sin doradas riberas, sin espesuras,
arrastraba fragmentos de hojas y ramas,
plumas blancas de nidos y verdes lamas.
Eran los camalotes y las gramillas
un montón de despojos en las orillas.
Los pastos aventados junto á las parvas;
los troncos de los ceibos llenos de larvas,
y brillando en las matas, entre las quiebras,
las pieles desprendidas de las culebras.

Como ardiente rocío brotó su llanto.
Ensueño del perfume, fugaz encanto
hecho de luz y de alas. Si el astro no arde,
como en ondas de incienso baja la tarde,
mientras Sirio se enciende, fúlgido broche,
que á su veste de sombras prende la noche.

Se espesó la penumbra. Ráfaga fría
estremeció á la joven. Alguien venía
en dirección al bosque. Latió su seno
como nunca latiera.— dulce veneno
del amor delirante ¿quién no te adora?
Ella sintió en su pecho como una aurora
volver la vida, un soplo, débil fragancia
de la flor de la dicha. Ni aún en su infancia
fué mejor arrullada que en el instante
en que vió por la senda venir su amante.
El era su esperanza. ¿Qué le importaba
el tálamo deshecho que antes amaba?
¿Qué los verdes tapices, las colgaduras
de lianas florecidas; las esculturas
formadas de ramajes, como doseles?
¿Qué, los cálices de oro llenos de mieles,
si él llegaba trayéndole las primicias
de otra estación más grata, de otras caricias?

Hacia él corrió. En sus brazos, ya sin aliento
cayó desfallecida, mientras el viento
rozaba con sus alas la mustia alfombra,
y los astros temblaban entre la sombra.

PSIQUIS.

Si oyes decir que la ilusión es fuego
fatuo, que apenas un momento dura,
y que al correr tras ella, el hombre, ciego,
va en pos de una fantástica hermosura;

Si el escéptico afirma que es empeño
vano buscar la dicha, y que no alcanza
á comprender la gloria del ensueño,
ni el placer de vivir con esperanza;

Si negase el amor, y te dijera
que todas las ideales emociones
las engendra tan sólo una quimera,
fruto de los enfermos corazones;

No lo vayas á creer: ama y combate,
que el triunfo es de las almas inocentes;
los cuerpos son opacos, dice el vate,
y amarlos es hacerlos transparentes.

Ten esperanza si el dolor te hiere;
que la ilusión es como el sol: colora
el horizonte de la vida, y muere
de tedio aquel que alguna vez no llora.

Ten esperanzas é ilusiones; ama;
sólo la dicha en el amor se anida;
y hasta la tierra inerte, con su llama
se siente florecer, vuelve á la vida.

JOSÉ G. DEL BUSTO (1)

RIMA.

En la justa balanza de la vida
quise saber lo que pesaba yo:
arrojé en un platillo mi cabeza;
en el otro cayó mi corazón.

Y al levantar el fiel vi con sorpresa,
llena el alma de pena y de estupor,
que la cabeza se elevó á las nubes
y hasta el abismo el corazón bajó.

¡Ay! Es que cuando ruge la borrasca,
cuando se pone el sol,
en la balanza que la sombra cubre
pesa más que los sueños el dolor.

(1) JOSÉ G. DEL BUSTO era talvez el único poeta de esa generación que se desen-
volvía en medio de la agonía del romanticismo, y que á los últimos ensueños de la
escuela que moría, mezcló las inquietas ansias del espíritu nuevo. Su musa tierna y
melancólica, ó ardiente y entusiasta, cantó á la vida, á la libertad, al amor, á la

MORAIMA.

Sevilla.

Sobre el calado alféizar
del morisco ajimez abandonado,
blanco rayo de luna
como un sudario se quedó flotando.
Bajo el arco de alárabes encajes,
la columna de mármol
me pareció la sombra de una virgen
que al beso de la muerte ha despertado.

Sentí rumor de guzlas
rodar en el espacio
y cánticos ardientes y sombríos
como una inmensa maldición de llanto.

Miré flamear morados estandartes
entre una nube de alquiceles blancos
y vi al espectro de la raza mora
cruzar sobre el arzón de su caballo!

La luna huyó; la noche vistió luto,
y allá en los miradores del Alcázar
el viento halló suspiros
y los llevó á morir en la Giralda!

LÁGRIMA Y BESO.

En las orillas de un labio
que olas de grana cubrieron
se encontraron frente á frente
una lágrima y un beso.

Rodando vino la lágrima
desde las cumbres de hielo
donde penas y huracanes
atormentan al cerebro:

subió el beso entre la lava
del cráter sanguinolento
que las pasiones salvajes
en el corazón abrieron.

Él era ardiente: ella fría;
El era rayo: ella cielo;
el vado único y angosto;
inevitable el encuentro.

¿Qué sucedió? Estaba escrito:
la nieve cayó en el fuego
y entre las olas del labio
ahogó á la lágrima el beso.

alegría, á la gloria, y al dolor también. Escribió dulces madrigales y apostrofó á la esclavitud; cantó coplas de amor y deslió en amargas estrofas la áspera tristeza de su existencia nómada y aventurosa. Compuso su vida con los sueños de su alma de poeta y como estos eran tristes, también aquella fué un poema de amargura. ¡Singular amargura que él ocultaba bajo su eterna sonrisa! Hay seres que llevan en la frente el sello de su destino: Del Busto tenía en la suya, donde la luz de la vida se ha apagado antes de tiempo, la indeleble huella del beso amargo de la desgracia. Nació para sufrir, su vida ha sido una novela dolorosa y extraña. Y lo más singular es que ese hombre, á quien la dicha fué avara, era un gran corazón y un alma noble.

EL IDEAL.

(FRAGMENTOS).

I.

¡Arriba humanidad! Las negras sombras
Desaparecen; sonó la hora!
Irradian en la cumbre gigantesca
Los resplandores de la eterna aurora.

Abrid las puertas á la buena nueva,
Esclavos del palacio y la cabaña!
¿Quereis ser hombres y quereis ser libres?
¡Fuera temor! Subid á la montaña.

Corazones que amais en el silencio
Y en el mar de la vida no hallais nada,
Allí está la mujer de vuestros sueños,
Brotando de la espuma nacarada.

Héroes de la batalla y de la muerte
Que trastornais la humanidad entera,
Allí está el enemigo! Allí está el triunfo!
Clavad en el peñón vuestra bandera.

¡A la cumbre! volad á conquistarla
Que ya para abrazaros se atavía,
Y gentil desposada de los sueños
Su tocado nupcial encarga al día.

III.

¡Arriba humanidad! La noche viene,
En girones de luz se rompe el día;
Abre tu corazón á la esperanza
Y reclama á tu espíritu por guía.

La cumbre, vencedora de la tarde,
Alzando su penacho de granate,
Parece el yelmo de un titán guerrero
Que reta al mundo á sin igual combate.

IV.

Sobre los campos de la noche oscura
Sus tiendas levantó la tempestad,
Y sin rumbo y sin luz en la montaña
Se extravió la cansada humanidad.

Del Busto deja huella, su personalidad no pasará como las estrellas fugaces que deslumbran un segundo y luego se pierden en la inmensidad sin dejar rastro. Su talento robusto y flexible se recordará siempre con admiración, su palabra ardiente y persuasiva en la tribuna, tempestuosa y airada en las asambleas populares, perdurará en la memoria del pueblo; sus versos inspirados y amables, se leerán siempre con deleite y sus escritos llenos de color y de carácter, dispersos en la prensa del Río de la Plata, se hojearán como las páginas de un hermoso libro que el autor ha dejado sin concluir.

Yo también en la inmensa caravana
 Por llegar á la cumbre me alisté,
 Y al romperse los rayos en la esfera
 Solo y triste en la selva me encontré.

Y yo, perdido en la floresta oscura,
 Buscaba en vano mi soñado Edén,
 Cuando un grito terrible de agonía
 Llegó hasta mí del viento en el vaivén.

Corrí hácia el sitio donde había sonado
 Y mi alma en las tinieblas se perdió;
 ¡Luz! grité con angustia inexplicable,
 Y su espada el relámpago blandió.

Chocaban en el aire las espumas
 Y silbaban las olas al caer;
 Una roca se alzaba á flor de agua
 Y en ella estaba asida una mujer.

—¿Quién eres? exclamé, de anhelo loco,
 Saltándome del pecho el corazón;
 Y ella, casi sin voz, como una madre...
 —¿No me ves?—contestó con aficción.

—¡Patria! grité tendiéndole los brazos
 En el delirio de mi ardiente amor;
 —¡Patria! volví á decir con extrañeza
 Y ¡Patria! repetí con hondo horror.

¿Cómo flotas sin vida en el torrente
 Cuando espera tus besos el hogar?
 ¡Hija de Dios! ¿Quién te arrancó del cielo
 Para arrojarte al negro muladar?

—¡Ay! exclamó, también en la mañana
 Hácia la cumbre intrépida marché,
 Y reclinada en mis valientes hijos
 Cien veces mi cabeza coroné.

En la paz, en el triunfo, en la derrota,
 Genio, lauros y sangre derramé;
 Con fe en el porvenir, siempre serena
 La tricolor bandera enarbolé.

¡Pobre de mí! Mis hijos me olvidaron
 Para lanzarse á fratricida lid;
 Y muerta de dolor, entre sus filas
 Rompí mis armas y les dije: ¡Herid!

Brindaron con mi sangre en mil orgías
 Y yo la mesa fui de su festín;
 Jugaron á los dados mis girones
 Y en mí saciaron su venganza ruín!

¡Cuánto baldón! Para colmar la afrenta
 Puso un caballo sobre mí su pié,
 Y sin fuerza, sin luz, sin esperanza...
 En el torrente, mísera, rodé!

—Madre, le dije al fin, mucho has sufrido,
 Pero aun queda un albor. ¡Ponte de pié!
 —No puedo, contestó la desgraciada
 Con ronca voz.—¿No puedes? ¿Y por qué?

Alza la frente donde anida el rayo
 Y arranca de su sueño al huracán,
 Acuérdate que siempre los tiranos
 Duermen sobre la lava del volcán.

Y si hay Cónsul que en torpe servilismo
 Se atreve á profanar tu pabellón,
 Y lo entrega al caballo de Calígula
 Hunde en el polvo al Cónsul y al bridón.

V.

¿Fué sueño ó realidad? No sé decirlo
 Pero en las ansias del mortal desmayo
 Yo vi de pronto iluminarse el cielo
 Y en el yunque del sol fundirse al rayo.

Llegó hasta mí la soñadora Musa,
 Clavó en mis ojos su mirada ardiente,
 Vagó en sus labios celestial sonrisa
 Y un ósculo dejó sobre mi frente.

—Ven, me dijo, á la cumbre gigantesca
 Donde moran los seres escogidos.—
 Batió las alas y en sus tiernos brazos
 Volé con ella á los celestes nidos.

Llegué por fin; pero quedé en la cumbre
 Ciego de luz y de extrañeza fijo,
 Hasta que la visión para calmarme:
 —Mira hácia abajo—trémula me dijo.

¡Qué horrible abismo! De sus negras fauces
 Se escapaban furiosas llamaradas
 Y el huracán llevaba hasta nosotros
 El grito de las almas condenadas.

En su seno los tronos, derrumbados
 Y los falsos altares se veían;
 Satanás atizaba la discordia
 Y con rabia los réprobos se hundían.

Los tiranos sin patria y sin hogares,
 Arrojados por fin de las alturas,
 ¡Gusanos miserables! devoraban
 Los cráneos de las yertas sepulturas.

Y sus viles sicarios, los que alientan
 Odio, debilidad ó cobardía,
 Esclavos de su suerte inexorable
 Les ganaban el pan de cada día!

Cerré los ojos de amargura lleno
 Y cuando mustia doblegué la frente,
 La visión adorada de mis sueños:
 —Mira hácia arriba, dijo de repente.

¡Oh gloria! Sobre el marco de los cielos,
Entre rayos de espléndida hermosura
Se alzaba el cuadro del eterno día
Que Dios pintó sobre la noche oscura!

En el carro del sol, grande, sereno,
Justo, perfecto, bondadoso y pío,
Su voz dictaba las eternas leyes
Y lanzaba los mundos al vacío.

¡No era ilusión! La noche había pasado
También la tempestad asoladora,
Y en la cumbre sus faros encendían
Los horizontes de la eterna aurora!



RICARDO SÁNCHEZ (1)

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

(Á UNA AMIGA)

Yo sé que en tu retiro,
en la nocturna calma,
tu generoso corazón desborda
en mar azul de lágrimas.

El secreto revela,
dí que lloras, porque amas;
es el primer amor sentida estrofa
escrita en virgen página.

Dichosa tú, que sientes
más viva á la distancia,
esa dulce emoción que te sublima
y en un ángel te cambia.

Dichosa tú, que sabes
que también te idolatra,
y que al llorar, refrescas y perfu-
la flor de tu esperanza. [mas

Y triste del que llora
porque ya nada aguarda,
y lleva el corazón dentro del pecho
como pesada carga.

Amiga, no te quejes,
tu sufrir no quebranta;
cuando tu ruegas al Eterno, sube
al cielo otra plegaria.

Es la del sér querido
que á la tuya acompaña;
atravesan la noche de la ausencia
y suspiran y se hablan.

Hay en cambio quien tiene
tan sólo una mortaja
que envuelve su cadáver, sepultado
en la tumba del alma.

Allí no hay quien derrame
por él sentidas lágrimas;
no hay una pobre ofrenda á su me-
Allí todo... es la nada. [moría;

El olvido es la muerte,
la ausencia es la esperanza;
feliz de tí, que tienes en el mundo
quién te recuerda y ama.

(1) RICARDO SÁNCHEZ, hace más de 25 años que escribe para el público. Es un trabajador infatigable. Inicióse en las veladas del Ateneo, en uno de cuyos certámenes fué laureado por su *Canto al Arte*. Es autor de un tomo de versos y dirigió durante algunos años el popular periódico *El indiscreto*. Ha colaborado en la prensa nacional y extranjera. Su inspiración es tranquila y su versificación correcta.

LA ETERNA CANCIÓN

«Tuya para siempre, ó muerta,
tesoro del alma mía;»
á su novio así escribía
la pobre niña inexperta.

Ya diez años han pasado,
y la niña que así hablaba
(y que sin duda le amaba)
con otro hombre se ha casado.

¿Fué farsante ó fué una loca
cuando excitada y sin calma
todo el cariño de su alma
derramaba por la boca?...

Condenarla fuera injusto;
tiene deleites sin nombre
para la mujer y el hombre,
en amor, el primer gusto.

Sólo se le fué la mano
porque la pasión primera
aunque fuerte, es pasajera
cual tormenta de verano.

Le doy, pues, mi absolución;
que á los dieciséis abríles
sin engaños femeniles
se equivoca el corazón.....

ENTRE LOS MÍOS.

No como el hijo pródigo de playas muy remotas
hoy llego al Ateneo, vencido por derrotas,
y el polvo del camino sacudo en el umbral;
mi vuelta es espontánea para ensayar las notas
de un himno, que lamento no pueda ser triunfal.

De nuevo aquí aparezco, mis nobles compañeros
con fardo más pesado; tres lustros sobre mí;
inquieta golondrina, en techos extranjeros
colgué mi nido á veces, más no eran los aleros
de la adorada patria. Por eso es que volví.

¡Hay vuelos todavía! La nieve de los años
ni enblanqueció el cabello, ni marchitó la tez;
si acaso he padecido, si sé de propios daños,
(quién hay que en su jornada no sufra desengaños)
araron hondo en mi alma, sin producir vejez.

Y vuelvo como el árabe aquel de la leyenda
para buscar los míos, para plantar mi tienda
junto á la fuente pura de murmurante són
trayendo, en vez de hieles, después de la contienda,
la oliva en una mano y en la otra el corazón!

Parece que despierto de un sueño tan profundo!
que miro nuevamente las cosas de este mundo
con todo el optimismo de la primera edad,
y cándido y creyente, mi cuerpo otra vez hundo
en el Jordán tranquilo de la felicidad.

Me siento commovido. Lo digo francamente,
y al peso de memorias, inclínase mi frente
mezclando á mi entusiasmo un raro no sé qué;
estoy entre los míos, mas noto tristemente
que aquí no se hallan todos los que al partir dejé.

¿Porque se van los buenos? ¿Por qué ley misteriosa la muerte, en su trayecto, empuja á la honda fosa de igual modo al imbécil que al noble paladín? No basta que me digan: — la noche tenebrosa es sólo para el cuerpo. El alma es libre al fin.

Pero ¡ay! por un momento guardemos las tristezas, son males que es inútil quererlos remediar; después.... decir doloras á clásicas bellezas, que alegran el recinto y esperan gentilezas, es algo que disuena. En fiestas, á cantar!

Renazca mi entusiasmo! Qué espléndido concierto! Como refresca el alma de quien cruzó el desierto soñando otro horizonte que un cielo siempre gris, ver frente á sí, de pronto, el suspirado puerto, la tierra prometida que habitan mil hurís.

¿Qué luces, qué perfumes, qué música y qué galas! ¿Qué ambiente de los trópicos! ¿Qué rara profusión de angélicas figuras de las etéreas salas, que eligen este sitio para plegar sus alas hallándolo tan bello como la azul región!....

Hay cuentos orientales fantásticos, poblados de seres imposibles, que viven abismados así como entre nimbos de perdurable luz, y llevan de la vida la carga resignados, como el que sufre estoico, el peso de su cruz.

Pues bien, si alguno de esos creyentes, que no quiso saber de humanos goces, mirase de improviso de tan soberbia fiesta, el cuadro encantador, pensara, en su transporte, en otro paraíso, con fuentes inefables de espiritual amor.

No soy de los que atados á un ciego fatalismo enfermos del espíritu, ni miden el abismo que se abre amenazante, voraz junto á sus piés. La vida es campo abierto. Sembrarlo es heroísmo; se arroja el trigo al surco para lograr la miés.

Yo quiero al Ateneo. Si mucho vivió en calma, no estéril fué el descanso. Aun fresca está la palma que en lides espartanas, bizarro conquistó. ¡Memorias hay que llenan de santa dicha el alma y el viento del olvido jamás las dispó!

Hay base en mi cariño. Pregúntese al proscrito si toca hablar de patria, por qué ve su infinito en la querida tierra que distinguió entre mil, y tiembla y se estremece de indignación, si un grito que la denigre, escucha, lanzado por un vil!....

Mi patria literaria ¿No ha sido el Ateneo? ¿No fué bajo su techo, que en juvenil torneo á incógnito adversario, en lucha igual venci, y de las nobles letras, como era mi deseo, armado caballero por vez primera fui?....

No traigo estos recuerdos por vanidad. ¡Lo juro! Yo siempre soy humilde, estoy bien en lo oscuro, tan sólo agradecido invoco yo el ayer, imagen del pasado que alumbrará el futuro con el fanal celeste del juvenil placer!

Estábamos en pugna con dos oscuridades: la fuerza y la ignorancia, brutales potestades unidas por el crimen, en nombre de su fe; y en frente, reducido, brotando claridades, el núcleo de los buenos, como un titán, de pié!

¿Qué tiempos los de entonces de franca y noble audacia para llevar al pueblo la luz de la razón, en esa triste noche de nacional desgracia, cuando abatida y débil la santa democracia, para morir buscaba refugio en un rincón!....

Lo halló en el Ateneo, que le franqueó sus puertas cerradas para el vicio y al entusiasmo abiertas, el último baluarte de nuestra juventud, en donde renacieron las esperanzas muertas de los desencantados del bien y la virtud!....

Las épocas son otras y la enseñanza es mucha; la diaria voz de reto, aguda no se escucha como el clarín de guerra de voluntario audaz; tenemos por almohada los lauros de la lucha y floja la armadura, dormimos hoy en paz.

Pero si acaso un día, que puede ser mañana, de nuevo miro aprestos, cuando se toque diana, y en vez de unas estrofas, distinto nuestro rol, mi espada se precisa para la lid romana, iremos al combate, de cara siempre al Sol!

Á MANUELA GUIDO

Quando no te conocía tu nombre llegó á mi oído como el eco bendecido de lejana melodía, y, al recordarte, decía; ¿por qué de ella dulcemente se ocupa siempre la gente, cuando en la vida social hablar de una niña mal es moneda tan corriente?

Hoy, que te conozco y siento la dicha de ser tu amigo, lo que otros piensan yo digo sin vacilar un momento, y alcanzo tu valimiento y el misterioso atractivo que tiene á muchos cautivo, flor modesta y delicada que perfuma en su jornada todo el ambiente en que vivo.

Eres noble y eres buena como un ángel, Manuelita, y lo que guarda tu alma lo dice tu faz serena. Con razón todo se apena y falta luz y calor de tu hogar en lo interior cuando, paloma viajera, á la argentina ribera vas con mensajes de amor.

Quiera el cielo que tu vida se deslice mansamente, como una limpia corriente por entre senda florida; que tu marcha interrumpida no llegues á ver jamás; que iluminada la faz siempre lo grande te inspire, y á tu lado se respire una atmósfera de paz!